

PEIRO

DESPUES DE

SUAREZ Y DEL SOL

Lo de menos es que la Directiva del Atlético de Madrid haya hablado tardíamente a sus socios. Lo de menos es que, mientras Barroso, el presidente del club, aseguraba que retendría a sus jugadores importantes, un delegado anduviese ya poniendo a punto el traspaso de Peiró. Lo de menos es que Villalonga hace poco que llevaba tres años sin soltar un jugador clave, preparando el «gran Athletic». Todo esto son cosas que, al fin y al cabo, nacen y mueren en el círculo de la gran hinchada del Atlético, la que recibió con ovaciones delirantes a su equipo la primera tarde de la Liga, cuando llegaba de Stuttgart con el título de campeón de la Recopa y demostraba ante el Valencia que era el mejor equipo de España...

Hay otro punto en el problema, que escapa a la vida íntima del Atlético. Porque con Peiró es el fútbol español el que acaba de perder a un fenomenal interior. Un jugador que se ha ido a Italia, como antes Luisito Suárez y Del Sol...

¿Val'a la pena ese traspaso? ¿Ha sido un buen negocio para el Barcelona y el Real Madrid el traspaso de Suárez y de Del Sol? En definitiva, esta es la cuestión. ¿Es admisible que un primer equipo español sacrifique o arriesgue su porvenir deportivo para mejorar momentáneamente su situación económica? Porque el nuevo planteamiento del fútbol exige la revisión de los conceptos habituales. Antes, a fin de cuentas, lo que importaba era ser «el mejor equipo español». Ahí empezaban y acaban las reglas de la economía. A buenas clasificaciones en los torneos nacionales correspondían muchas altas de socios, buenas taquillas y, en definitiva, sanaeda contabilidad. El reciente fichaje de Martínez por el Elche responde todavía a este viejo principio. Martínez es un buen jugador, que podría reforzar a cualquier equipo destacado. En cambio, alineado en el Elche, no ofrece gran riesgo para el Barcelona. Un Martínez en el Valencia, el Sevilla o el Zaragoza habría escandalizado. En cambio, en el Elche...

Con este antiguo criterio, la exportación de los grandes ases, suficientemente compensada, solo ofrece un peligro: el debilitamiento del propio equipo. Por lo demás, se sabe que del juego de esos ases no se beneficiará ninguno de los rivales nacionales. Así que, deben pensar los directivos, el mal es menor...

Pero luego resulta que los torneos nacionales son insuficientes. Están los millones de los torneos europeos de por medio, y es evidente que esto obliga a reconsiderar la cesión de jugadores a clubs que —como el Torino, Juventus o Inter— serán rivales en esas competiciones. ¿No era Del Sol una pieza clave a la hora del definitivo envejecimiento de Di Stéfano? Uno lo creyó así. Y piensa que, por más que aprieten las necesidades económicas de la Ciudad Deportiva, el Real Madrid, al traspasar a Del Sol, y quizá perder con ello la posibilidad de continuar en la Copa europea, ha sacrificado muchos millones. Los que da el torneo y, sobre todo, los que da el clasificarse bien en él con vistas a partidos amistosos cuantiosamente retribuidos.

Para el Atlético de Madrid, campeón de la Recopa, aspirante al torneo de Liga, este traspaso de Peiró puede ser a la larga una mala operación económica. Como lo fue para el Barcelona el de Luis Suárez, en cuya hora empezó a ser un equipo vulgar.

Pero con parecer esto bastante claro, todavía cabría doblegarse a las observaciones de los financieros del fútbol y de los que conocen las necesidades urgentes de las tesorerías de los clubs. Hay algo, sin embargo, que agregar. Con Suárez en el Inter, en lugar del Barcelona; Del Sol en el Juventus, en vez de en el Madrid, y Peiró en el Torino, en vez de en el Atlético, no solo se debilitan los equipos españoles en las competiciones europeas, sino que, además, se contradice esa vertiente sentimental, a la cual, hoy por hoy, el fútbol profesional aún no se atreve a renunciar. Cierzo que hablamos una y otra vez del «fútbol-espectáculo» y de los viejos tiempos en que las «hinchadas» celebran apasionadamente las vicisitudes deportivas de sus clubs. Se habla de ello como de cosas pasadas, pero lo cierto es que ningún club se ha atrevido seriamente a renunciar a una parte considerable de aquella dosis sentimental. La Federación ha dado normas «patrióticas» con vistas a los próximos Campeonatos del Mundo. Cada presidente se ha explicado ante los socios de su equipo en términos de confraternidad. Cada domingo salen coches y más coches llevando a gentes que no quieren perderse un partido de su equipo. Cada día, cada hora, se levantan millones haciendo de ese entusiasmo una mercancía. Se fomenta y hasta acaba por destruirse con él la conciencia social de muchísima gente que solo vive para el fútbol...

El traspaso de Peiró, como antes el de Del Sol y el de Suárez, nos parece que, además de arriesgar a la larga los intereses económicos de tres equipos españoles, significa que hay un desacuerdo entre la pasión deportiva y las finanzas de los clubs. Y esa es otra de las cosas que hay que poner a tono. Haciendo menos literatura y sacrificando un poco las finanzas.

